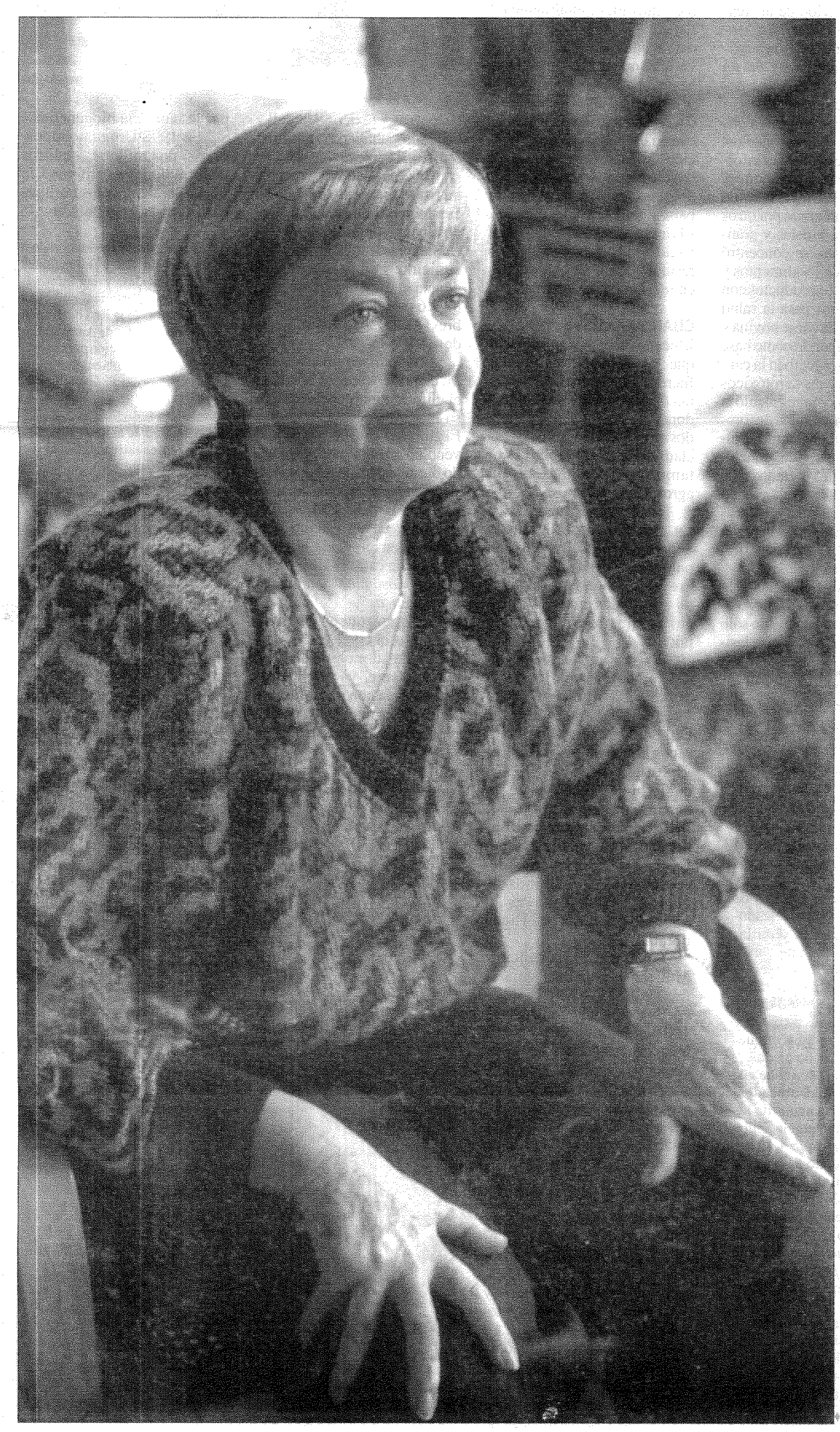
entrevista

CON MARÍA ELENA WALSH

Los niños, esas criaturas inteligentes

Las lejanas raíces de su feminismo, de su relación con los niños y del sentido profundo del otoño de la vida son temas de esta entrevista con la formidable escritora y cantante argentina.



MARÍA ESTHER GILIO

A MARÍA ELENA no le gustan las entrevistas. No es necesario que lo diga. Se le nota. Antes de empezar, con la impaciencia de una niña pregunta cuánto va a durar. Luego pregunta si todavía falta mucho. Cuando la entrevista termina, todo se transforma. La expresión enfurruñada desaparece empujada por una sonrisa alegre, la actitud hosca se esfuma. "¿Una taza de té?", pregunta. Y luego: "¿Dulce? Tengo un dulce riquísimo". Es otra persona. Uno no puede dejar de pensar que habría sido lindo hacer la entrevista a esta otra persona y no a la anterior. Pero claro, a la primera pregunta con sabor a reportaje la anterior volvería.

Expliqué a María Elena por qué llegaba un cuarto de hora tarde. "Cuando bajaba en su casa me di cuenta de que había olvidado el grabador", dije, y seguí explicando. Pero ella ya no me escuchaba. "¡Ah! Qué bien –decía–. Qué bien, sientesé, charlemos." Me senté frente a ella y charlamos, saltamos del cine a la política, de la política a la literatura, de la literatura al paisaje soleado y lleno de color que entraba por las ventanas de su casa. "Esta casa es una pajarera, le dije, es alegre como una gran pajarera." Sonrió. "Sí, entra luz por todas partes", decía ella mientras yo tomaba el grabador y me sentaba cerca de ella. "¡Cómo! Yo creí que había dejado el grabador en su casa, que la entrevista quedaba para mañana, para otro día", dijo, y me di cuenta de que ya no sonreía o sonreía menos, disponiéndose al tormento.

—¿Qué hechos la llevaron a visualizar tan claramente y tan temprano las diferencias que la sociedad establece entre hombres y mujeres?

—**El segundo sexo**, de Simone de Beauvoir, me confirmó algo que en algún sentido ya sabía. Sabía que esa diferencia existía. El libro la confirmó.

—¿Modificó cosas de su conducta a través del libro? Porque el libro muestra no sólo al hombre invadiendo espacios que son de la mujer sino también a la mujer aceptando esa invasión.

—Yo era una rebelde. Ya peleaba por mi lugar antes de leer el libro. El libro me confirmó en mis convicciones.

—¿Frente a qué cosas se rebelaba?

—Ay, ay, ¿por qué trata de llevarme tan atrás, a la prehistoria? Allí están mis libros. Todo está allí.

—Pero de una manera menos clara, más elusiva. ¿Contra qué o contra quién se rebelaba?

—Contra mi padre, por ejemplo.

—¿Sus padres tenían la clásica mentalidad de la gente de la burguesía media?

—No exactamente. Eran bastante abiertos y cultos para ser burgueses. No les importaban las propiedades, no eran coleccionadores de bienes.

—En cada feminista hay generalmente una mujer que sufrió en carne propia las diferencias o las agresiones que la condujeron a esa posición. ¿Cuál es su caso? ¿Qué cosas concretas la empujaron a la posición que adoptó luego?

—El manoseo de los hombres en la calle cuando era una niña.

—¿Manoseo en un sentido metafórico? ¿Quiere decir palabras, gestos?

—No, no. Quiero decir manoseo. Pero dejemos eso.

—Está bien, dejemos. ¿Cree que hay una literatura femenina?

—Sí, creo que sí. Sobre todo en algunas mujeres. Su visión del mundo es totalmente diferente de la del hombre. Me refiero a Virginia Woolf, Simone de Beauvoir, Doris Lessing.

—Esas escritoras son justamente mujeres que tenían conciencia de su situación en el mundo. Mujeres que han visualizado la injusticia. Pero hay escritoras que no tienen esa conciencia y su visión es profundamente femenina.

—La mujer que escribe siempre tiene del mundo una visión muy particular. Tierna, dolorida. Ve los detalles, los matices. Aun sin proponérselo de manera deliberada mostrará las injusticias, verá aspectos de las cosas en los que el hombre no repara.

—Leyendo en estos días algunas de sus cosas para niños descubrí algo que está allí desde siempre y no había visto. Usted trata a los chicos como seres inteligentes.

—Ah, ¿y no lo son?

—Claro que lo son, pero creo que a los escritores para niños les cuesta mucho verlo.

—Actualmente ya no. Eso ha cambiado.

—Sí, es verdad, hace unos años que ha empezado a cambiar. Ya desaparecieron aquellas enseñanzas que inevitablemente aparecían en todos los cuentos. La modestia siempre triunfa, la vanidad es castigada y el orgullo conlleva una humillación final.

—Claro, eran las moralinas cristianas que heredamos de España, aunque también lo hicieron bastante los alemanes. Con eso se buscaba amaestrar a los chicos, además de enseñarles. De lo que no se ocupaban los viejos cuentos, salvo excepciones, era de trasmitir valores estéticos. Yo creo que las obras para niños, además de entretener, deberían trasmitir valores estéticos.

*—Frente a alguna pregunta que en el pasado le hice sobre **Manuelita**,* sobre su mensaje, usted me respondió que su intención había sido contar un cuento gracioso y no trasmitir mensajes. En esa oportunidad me dijo "a posteriori el público encuentra mensajes porque los necesita".*

—Sí, con muchas canciones ha pasado que con el tiempo y a partir de las interpretaciones de la gente las letras tomaron otros sentidos. Un sentido que le dieron los lectores.

—Usted diría que sólo después de que el trabajo ha sido recibido por el público, leído, aceptado o rechazado, puede tener una noción cabal de lo que hizo.

—Creo que uno da por terminada una cosa cuando ha pasado ya todas las barreras de la autocrítica y le parece que está en condiciones de

ser trasmitida. Y lo que viene después ya no importa, porque en lo que respecta a la propia obra, no se le puede hacer caso a nadie. Ni en los elogios ni en las críticas.

—¿Determinadas respuestas del público no le revalorizan o reformulan el sentido que usted le dio?

—No, yo diría que no. Aunque hay una excepción. A partir de la gente, la canción "Como la cigarra" se enriqueció con otros significados.

—"Tantas veces me mataron, tantas veces me morí."

—Sí... y bueno, esta canción fue tomando distintos sentidos, incluso políticos, lo cual me pareció muy bien, me gustó mucho.

—Ingmar Bergman dijo en una entrevista que toda obra de arte no sólo es acción política sino también ética. Creo que esto es especialmente verdadero en su caso.

—No me gusta la palabra ética. Es utilizada por la gente menos ética del mundo. Pensemos en Jorge Videla diciendo que su lucha era por la democracia, la Constitución y la verdad.

—En su obra hay una constante toma de posición frente a conductas diversas. ¿Cómo llamamos a eso si no ética?

—Humanismo.

—En el país de las estadísticas, Estados Unidos, los números dicen que tres niños mueren por día de manos de sus padres. Y, de cada seis que mueren en estas circunstancias, cinco son asesinados por el padre y uno por la madre.

—Esta es una especie de constante histórica. El chico socialmente nunca tuvo ningún valor. Adquiría valor cuando crecía y podía formar parte de la fuerza de trabajo, o ubicarse entre los que mandaban. El castigo era algo corriente, así como también la muerte por enfermedades y por abandono. Por otra parte, los chicos son débiles, ser violento con ellos es sencillísimo. De un sopapo se puede desmayar a un chico. Hacerlo es una forma de descarga eficaz y barata. Entre otras cosas porque él no puede responder. Eso hoy ha cambiado algo. Están "Los derechos del niño". En las sociedades civilizadas hay un ambiente que nos hace tomar conciencia de la violencia que se ejerce sobre el niño. Sin embargo, y a pesar de todo esto, nosotros, todos, también cometemos violencia contra los chicos. A veces violencia psicológica. Pero además física, que se revela en gestos, en sacudones.

—Una vez la oí decir en radio: "Yo no soy un oráculo". Pero ocurre que el hombre y la mujer corrientes, cuando respetan a un escritor, quieren escuchar sus opiniones. Ellos sienten que éstas lo ayudan a entender. ¿Cómo recibe estas demandas?

—Que la gente tenga necesidad de conocer a los intelectuales por lo que éstos opinan, y no por sus obras, me parece peligrosísimo. Creo que a los únicos que se conocen por sus obras es a los que escriben canciones. ¿Quién leyó a Borges? Muy poca gente, sin duda. Pero todos han prestado atención a alguna de las gracias de Borges en radio, en televisión, o en las entrevistas que aparecen en los diarios y de esto se habla, más que de lo escrito y publicado.

"La mujer que escribe siempre tiene del mundo una visión muy particular. Tierna, dolorida. Ve los detalles, los matices."

—Usted considera que es peligroso, ¿pero sólo para el escritor?

—También para la gente que lo escucha y supone que piensa como un oráculo. Es peligroso porque hay escritores que dicen disparates. Porque son viejos y reaccionarios. O porque hablan de cosas que no conocen, para lo cual disponen de todo el micrófono del mundo que desean.

—Nómbreme alguno.

—Bueno, pero del extranjero. Cuando escucho opinar a Camilo José Cela me digo a mí misma cuánto mejor sería que se callara. Es tan grosero para opinar. Tan prepotente. Otro era Octavio Paz, quien hablaba con una seguridad de cemento. Su anticomunismo era tan desmesurado que se volvía sospechoso: tan interesado, que aquello que decía perdía todo valor. A mí me trae a la memoria a los viejos personajes anticlericales de principios de siglo. Debería haberse conformado con escribir sus poemas y parar ahí.

—Me doy cuenta de que no quiere ser escuchada, obedecida como un oráculo. Sin embargo, en usted escribir es una forma de acción política y la gente la escucha, repite lo que usted aprueba y rechaza lo que desaprueba. Sobre todo cuando hace periodismo, y en esto me remito a aquel artículo aparecido en ***Clarín****, en época de los militares, donde comparaba al país con un jardín de infantes. Ese artículo produjo el estruendo de una bomba. Hasta en España circuló. Porque la gente lo fotocopiaba y lo pasaba. En un sentido amplio, también en sus canciones, en sus obras para niños, donde los personajes son solidarios, generosos, democráticos.*

—Cuando incursiono en el periodismo estoy de acuerdo en que casi siempre hay una intención política. Y esto ocurre así desde que empecé siendo muy jovencita. En esa época, escribía para pegar, para golpear.

—Pegar sí, pero sin perder la lucidez, eso es lo interesante.

—En las canciones y en los cuentos no hay la deliberación que hay en lo periodístico, pero por supuesto aparece mi manera de pensar el mundo, mi opción por la justicia.

—¿De qué depende que escriba para niños o para adultos? ¿De su estado de ánimo, de su optimismo o su melancolía en el momento en que se sienta para escribir?

—No, no depende de mis estados de ánimo, sino de ciertos estímulos que me conducen a expresar ciertas cosas. Frente a determinada historia o personaje yo siento que es para chicos o para grandes. Y no es importante para esta elección el estado de ánimo, sino aquello que, como dice el tango, nos está escarbando el pecho.

—Recién me decía que hacía periodismo cuando se enojaba. Recuerdo la entrevista a Doris Lessing y un trabajo sobre los países escandinavos donde no había enojo.

—Sí, claro, allí no. A veces hago periodismo sin estar enojada *–dice riendo–*. Había estado en los países escandinavos, aunque aquí estábamos en plena dictadura. Y sentí la necesidad de trasmitir mi entusiasmo por esos países en un momento en que Argentina se encontraba en los antípodas. Aunque esto no se dijera. No era necesario. Lo que sí parecía necesario era mostrar que había países donde se podía vivir de una manera diferente a la nuestra.

—¿Cuál es, en general, su actitud frente a la crítica? Aunque siempre la elogian, eso creo.

—Supongo que no me gusta nada que me critiquen, como todo el mundo. Me da horror. *–Queda pensativa–*. Si me criticaran, me tomarían con la guardia baja porque hace mucho tiempo que me tratan muy bien. En general me fastidia ese tipo de crítica en que no hay un análisis serio de la obra, sino palos gratuitos que buscan, simplemente, destruir.

—Pero eso nunca le ha pasado.

—Sí, sí, me ha pasado, en los setenta, cuando todos estábamos muy trastornados por los temas políticos. Si uno no se declaraba peronista era...

—Está hablando del momento de la vuelta de Perón.

—Sí, claro, había una especie de obsesión, de trastorno general. Entonces uno podía recibir un palo literario como castigo, por no estar enrolada en lo que otros pretendían.

—Hay escritores que dicen "escribir es olvidar mi propia existencia". ¿Cuál es en su caso la relación entre la escritura y la existencia?

—La pregunta es muy difícil *–dice María Elena con aire pensativo–*. No es para olvidar la propia existencia que se escribe. No creo que nadie excluya completamente su existencia cuando escribe. Pero, por otra parte, si no se pone cierta distancia entre la propia realidad y lo que uno quiere hacer no hay arte. Un ejemplo es la poesía que hacen los adolescentes, "Te quiero mucho, sos mi vida, estoy más solo que la luna en el cielo".

—Tengo la intuición de que le preocupa que su vida, sus sentimientos, se trasparenten demasiado en su literatura.

—Sí, me molesta. Me preocupa. Me digo, ¿para qué poner esto? Trato de limpiar lo que hago de cosas demasiado personales, "nadie lo va a entender", pienso.

—Pero lo acepta finalmente. Siempre habrá alguien que entienda. No se puede escribir para todos.

—Claro. Además he trabajado mucho este tema. Hay que aceptar que es una forma de **streap-tease**, más o menos disimulada, pero **streap-tease**. Y si uno se niega totalmente a hacerlo, si uno no confiesa determinadas cosas, no hay obra. Hay que elegir.

—Sería terrible que el pudor paralizara.

(María Elena sonríe y su sonrisa parece expresar algunas dudas. Intento volver al tema pero un breve gesto de su mano indica "Pasemos a otra cosa".)

—Hace poco una educadora dijo en radio que podía asegurar que sus canciones para niños pasarían al próximo siglo o tal vez más.

—Es un material que ya viene durando décadas. Ahora, de allí a pensar cuánto van a durar a partir de ahora... Eso es muy difícil decirlo. Sobre todo pensando en el movimiento de las comunicaciones y toda la invasión sonora tan agresiva. Yo pienso que vivimos en un momento en que es difícil prever nada *–dijo, y miró hacia arriba–*, ¿quién puede decirnos que antes de terminar esta entrevista no se caerá el techo sobre nuestras cabezas?

"Que la gente tenga necesidad de conocer a los intelectuales por lo que éstos opinan, y no por sus obras, me parece peligrosísimo."

—Ya no vale la pena que caiga, en diez minutos terminamos. Volviendo a sus canciones, creo que perdurarán muchísimo si tenemos en cuenta el éxito que tienen a pesar de que casi carecen de aparato promocional.

—No es "casi". No tienen ningún aparato promocional.

—Entonces no hay una empresa detrás empujando las ventas.

—Claro que no.

—Releyendo su poesía me sorprendió, siendo aun muy joven, su frecuente referencia a la muerte. Por ejemplo "Tiempo terrenal no basta/ y hay una eternidad embellecida/ que merecemos y que nos aguarda".

—Justamente, hace poco estaba leyendo pruebas, en la reedición de algunos de mis libros y también me sorprendió esto que hoy le sorprende a usted. ¿Qué pasaba en ese momento? ¿Era simplemente el dramatismo adolescente, había un contexto que pudiera explicar esa visión, o simplemente se trataba de una moda? No podría decirlo.

—Escuche esto otro que es tremendo. Y también muy bello: "me duele ya la eternidad/ de tanto predecir con furiosa rebeldía/ mañana cantará mi calavera".

—Está inspirado en una copla popular maravillosa, que dice "El día que yo me muera cantará mi calavera". Hay, sí, algo muy dramático. Sin embargo yo no recuerdo ese momento como muy sombrío para mí. Pero en esa época los períodos sombríos se alternaban con otros que eran todo lo contrario.

—Me gustó muchísimo "Otoño de la vida", donde dice cosas como: "Acudir con primera emoción a la última cita", y también: "El amor es más fuerte que nunca, pero uno lo cuida". Háblenme un poquito de los cambios en el otoño de la vida.

—Uno está a esa altura valorizando la experiencia, valorizando la serenidad. La pasión no nos lleva a darnos contra las paredes, lo cual no significa estar menos vivos o menos vitales. Uno aprendió, no vivió en vano. Sabe qué cosas cuidar, cuáles dejar de lado.

—¿Eso sería lo fundamental en el otoño?

—En la naturaleza el otoño también es época de vida guardada serenamente, de vida que va a florecer. No es un proyecto de muerte. Sería interesante que en la vida, así como nos proponemos adquirir bienes, nos propusiéramos adquirir sabiduría *–dice y suelta la risa–*. La verdad es que no sé cómo. ¿Cómo puede uno ser sabio a partir de una propuesta? No sé, pero tengamos esa meta. Pensemos en eso *–dice sin dejar de reír. Y luego–*: ¿Tomamos una taza de té? ■

* **Manuelita**, película de dibujos animados realizada por Manuel García Ferré sobre la canción de María Elena Walsh, fue recientemente nominada para competir por el Oscar. Esta elección levantó numerosas protestas entre la gente de cine. Sin discutir la calidad del filme –considerado bueno–, personalidades del ambiente cinematográfico argentino desaprobaron el método de elección "perverso", "antidemocrático", así como el hecho de elegir un dibujo que aun de calidad no es comparable a películas realizadas este año, como **Mundo grúa** o **El mismo amor la misma lluvia**.

CUENTA BROU
EL MEJOR SERVICIO, ESTÁ EN EL BANCO REPÚBLICA
SIN COSTO
Evítese olvidos y gane en tranquilidad.
Usted podrá pagar más servicios con CUENTA BROU (*)
Por información llame al 1996 FONO BROU
En el Banco de la República Oriental del Uruguay, nos preocupa mucho su comodidad, su tiempo y su seguridad. Por eso a través de nuestro servicio de débito automático CUENTA BROU nos ocupamos de pagar sus gastos habituales de UTE, OSE, ANTEL, GASEBA, servicios médicos, clubes deportivos, telefonía celular, TV para abonados, etc; en la fecha exacta de su vencimiento y sin ningún costo extra
(*)Lista de empresas adheridas en permanente ampliación.
BANCO DE LA REPUBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY
El Banco País
COMUNICACION BROU